

# LA RESURRECCION DE LA CARNE *Sol*

Recuerdo muy bien el incomparable estupor que experimenté, siendo casi un niño, ante los primeros desnudos que me fué dado contemplar en exposiciones y museos. Me produjeron una impresión jocunda, clara, deslumbradora; algo así como la especie de encantamiento embriagador que los hombres del Norte brumoso experimentan al descubrir por vez primera las orillas azules del Mediterráneo. Pero yo me decía, perplejo: "¿Y dónde pueden verse esas maravillas?"

Si un pintor nos presenta un paisaje, podemos ir a contemplarlo con nuestros propios ojos, tal como el artista lo encontró en la Naturaleza; si un escultor expone el modelado de un caballo con un guerrero montado en él, sabemos perfectamente por experiencia qué cosa son esos cuerpos. Todo cuanto las artes plásticas combinan en fórmulas mágicas, por originales que sean, ha entrado ya por nuestros ojos en el espectáculo cotidiano del Mundo. Mas esa forma de mujer desnuda tendida blandamente sobre un diván granate, ese resplandor de un cuerpo tibio y armonioso, que humanamente no puede compararse a ninguna otra luz, porque ni la del sol de invierno llega a reconfortar tanto la sangre viva que circula en nuestras venas, decidme: ¿Dónde lo ha visto el pintor? ¿Dónde se ven milagros de esa clase? ¿De qué manera puede contemplarse el "paisaje" más interesante y más humano entre todos, el paisaje máximo, el de nuestro propio cuerpo, que en el hombre tiene una elegancia y una sobriedad robustas, de campaña clásica, y en la mujer ofrece colinas, valles y hontanaves, luces y sombras, como jamás ningún paisaje romántico ha podido ni podrá igualar?... Y de mis adolescentes rondas por exposiciones y museos salía siempre con la absurda impresión de que el desnudo humano—la más alta forma que podemos mirar en la tierra—es precisamente la única que no se ve en parte alguna.

No se ve, y además está prohibida. Desde mucho antes que entremos en la zona del bien y del mal, a los hombres se nos inculca y engasta cuando somos niños el deber de no contemplar jamás el cuerpo humano en su natural desnudez. La instintiva

complacencia que en ello encontraríamos, nos dicen, es un pecado horrendo. Las más formidables presiones sociales, moldeadoras de la ética y las costumbres corrientes están de acuerdo en eso. Los niños tienen una divina tendencia a la desnudez; pero sus madres, amas, ayos, tutores y otros vigilantes de toda clase les van

Luego, apenas despierto el raciocinio, sobre el alma del cuerpo ya tapado cae el áspero sayal de las fulminaciones religiosas. La carne—esa pulpa viva que trasmite la vida—es una de las mayores abominaciones del mundo. La desnudez es una tentación; la diferenciación sexual, casi un crimen.

El convencionalismo social—que consiste en acatar siempre los circunstanciales decretos religiosos por fuera, aunque por dentro vaya eternamente la Naturaleza haciendo impertérrita lo suyo, socarrona y tenaz—remata la obra. El desnudo, perseguido por los policias, tras haber sido anatematizado por los bonzos, desaparece materialmente de la faz de la tierra. No sólo no se ve en parte alguna, pero ni siquiera puede hablarse de él sin faltar a las conveniencias. Referirse en sociedad al cuerpo humano, hacer, por ejemplo, el elogio de un hombre o una mujer determinados, el elogio de su belleza formal, como es posible y corriente hacerlo de un caballo o un perro, sería un grosero e intolerable atrevimiento. Esas conversaciones son, como ya se dice, "para hombres solos". Una mujer en sociedad puede descubrir el seno. Pero al hombre que lo contempla no le está permitido, como no sea aparte, tanteando mucho el terreno y con riesgo siempre, expresar su favorable opinión sobre la forma exhibida. Un elogio desinteresado y público es inconcebible. Sólo cabe la insinuación en secreto. Es decir: que únicamente se puede expresar una admiración de esta clase cuando es lasciva. Si es pura e intelectual nada más, hay que callarla. Pero como la continuación del mundo, la propagación de los hombres e incluso la existencia de todas sus morales prohibitivas dependen exclusivamente de esa eterna belleza oculta, de esa desnudez anatematizada, pero cuya



fascinación es más fuerte que todas las religiones y todas las leyes, se crea en la práctica una componenda curiosa: el desnudo no se ve porque no va por fuera, pero actúa incansablemente porque va dentro de la sociedad actual. Venus, la deidad de las claras espumas solares, se ha convertido en la diosa de las penumbras de alcoba.

La única infracción de esta regla se consiente a los artistas, esa especie de locos o anormales, sacerdotes supervivientes de un culto desaparecido. Los pintores y escultores viven en contacto directo con el pecado abominable, con el desnudo humano, y en su contemplación. Pero además tienen permiso para exponerlo; se

En varios países europeos y americanos—y no precisamente en los más calurosos—el desnudo se tolera y admira en proporciones y con una inteligencia que la Humanidad desconocía desde hace siglos. No son pocos los desconcertados que atribuyen este fenómeno a lo que ha dado en llamarse el materialismo moderno. No es materialismo, sino espiritualismo terrenal, el más sólido y equilibrado de cuantos se conocen. El culto a la nobleza corporal humana, la máxima que nos es dado apreciar, sólo es posible en una sociedad vigorosa que sienta con plenitud un ideal de perfección humanista y terrena, en vez de la vaga añoranza de ultratumba, mística y sobrenatural.

GAZIEL

(Prohibida la reproducción.)

de los museos y exposiciones que no tiene precio: una sociedad contemplando en figura, con excusa del arte, lo que ella misma tiene barrido y expulsado de la realidad social, lo que oculta a sus hijos y lo que sólo se atreve a gozar vergonzosamente en secreto.

Esta condena de la figura humana que las tristes religiones occidentales decretaron constituye una tradición secular, hasta el punto de que hoy se hace difícil imaginar siquiera lo contrario. La carne ha sido envilecida durante siglos y siglos como la enemiga capital del espíritu, como ilusión hedionda, toda gusanos y ceniza. Pero diríase que nuestro tiempo está operando suavemente un gran cambio, pues comienza a ver en la carne el natural y más noble soporte del espíritu y una eterna refluencia de la rosa humana. Este profundo sentido del cuerpo, que fué la gloria inigualada de los antiguos griegos y el gran incendio pasajero del Renacimiento, quizá renazca en el seno de las sociedades modernas para desarrollarse en la futura. La creciente dignidad de la mujer, su progresiva equiparación social al hombre, los deportes, la higiene, la disminución del combate sexual y otros mil indicios esparcidos por la superficie del mundo, quizá indiquen una próxima resurrección de la carne maldita, de una carne sana, bella y limpia de baja lascivia.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA